



†
J. M. J.

Sevilla Abril 7 de 1777.

Amadísimo nieto y amigo venerado: ¡Cuánto sentí no dar á V. quizás el último abrazo y en él todo mi

afecto! Sea en todo primero que la nuestra la divina voluntad cumplida.

Tenia á V. que decir, vaya algo de lo que era: usted es el que Dios sabe, y yo conozco; y aunque para gloria del Señor y confusión suya, se ve tan obligado como ingrato, y pudiera ser verdad el contenido de esa esquila, la tengo por fraguada en la hipócrita vana fantasía de una confesada de un buen Sacerdote, que dirijo, y á quien hace años tengo prevenido, por otros lances iguales, que en mi juicio ha fingido, la humillé, la tenga por ilusa, y me inclino á que la reprenda, advierta y abandone, (si no se convierte,) como á iludente. Como en esto puedo engañarme, y si fuera verdad lo que ella supone, ciertamente lo estaría, así como si no lo es (como lo juzgo) quedaba convencida de embustera, dígame V. con fiadamente lo que fuere: y en cuanto puedo lo conjuro en el nombre de Dios, porque á su gloria y bien de esa criatura puede convenir.

A la Biznieta á quien yo hubiera respondido, si hubiera ella firmado, dirá V.: en cuanto á la primera cruz que se deje estrechar y no piense poder atar las manos de un poderoso amantísimo que la quiere intimar á sí. Si es humilde, sufrida, observante, recogida, resignada, y trata con frecuencia en el fondo de su corazón al Esposo divino, no hay que temer estas íntimas comunicaciones, que igualmente que confortan desmayan; pues, ¿cómo ha de poder un pobrecillo corazón con tanto Dios? Cuánto martiriza ese reboso al que deseara que cupiera en él más y más Dios! pero esto que la aflige, la dilata, y como cabe más, más á su parecer la hace morir. Muérase y ame, que muerte de esta herida es vida; y qué vida! Dígame V. que se dé toda á esa pena y no piense en sus resultas.

En cuanto á la segunda cruz no es extraño que ame á V. y lo desee; no que su falta le sea sensible. Alién-

tela, esperáncela y dígale que nunca tendrá más padre á Dios, que ahora que ocupa á su teniente Fr. Diego. Que pelee con resolución contra esa pasión de ira, que fomenta su misma soledad y desamparo; pues como no tiene á donde volverse para su consuelo y guía, se desazona. Pero dígale V. que no es razón salpique con su mal humor á la que ninguna culpa tiene, que ocupe á V. su ministerio.

Dele millones de memorias y que por la Sangre de Jesucristo (lo mismo ruego á mi amado nieto) rueguen por el más vil, miserable y duro sacerdote, pidiendo al Señor que rompa las cadenas que arrastra, quiere y no puede, (porque cuando pudo no quiso,) limar. Esto es verdad. ¡Pobre de mí! y yo dando luz sin tomarla! Yo conociendo y resolviendo con animosidad (y creo que con sanísima intención) lo que V. y otros deben hacer con propia resolución. Ay qué cargo! Por Dios! por Dios! Nieto mío, téngame lástima! Créame y ruegue por quien con toda su alma y corazón desea servirle y estima cuanto puede, como lo sabe y sabrá, mientras quiera servirse de mí: y en prueba de esto, ahora que está ahí le mando que con fé viva se deje todo en las funciones de su ministerio á Dios, no reflexionando ni lo que hace, ni como lo hace, ni como se recibirá; sino solo que Dios se lo manda, que lo hace á gloria de Dios, y bien de los prójimos; que nada vale, nada puede, nada es suyo; porque ¿qué es Fr. Diego? ¿qué es? Véase delante de su Dios; vea lo que le debe; vea cuánto con la mitad hubiera hecho otro; y conocerá que es un abismo de miseria; pero, porque lo es, arrójese confiadamente atrevido, al abismo insondable de un Dios omnipotente en quien todo, todo! lo puede. Tenga fé: Fr. Diego es de Dios, y enviado de Dios; que no podrá con Dios? Amargue ó nó el interior: acuse ingraticudes la conciencia; abulte temores la ingraticud; yo mando que se siga lo

ordenado en cuanto á dejarse enteramente á la divina Providencia.

No mucho ayuno: cuidado con el sueño; mortificación la dicha; recogimiento el que permita el ministerio; los sentidos recatados, y el corazón alegre. ¿Que más? Que el Señor le dé paciencia para leerme! no puedo escribir menos mal. No descuide la formación del papel comenzado que es importantísimo su uso aquí, y donde quiera Dios llevarlo al ministerio. Conviene mucho: hágalo por Jesucristo y porque en ello obedece. Espero saber de V. donde quiera que estuviere, y repito muy de corazón que amo su alma, y quiero que ame la de su afectísimo abuelo y amiguísimo,

Fr. Francisco Javier González.



NOTAS

La *hipócrita* que se menciona en esta carta debió ser una digna compañera de la *beata ciega* que murió poco tiempo después ajusticiada, asistiéndola en aquel trance el mismo P. González con el célebre P. Teodomiro Diaz de la Vega. Véase á Menéndez Pelayo, *Histor de los Het.* t. 3.º pág. 407.

Por lo visto, fingió la embustera autora de la esquila que su alma tenía trato y comunicación con Fray Diego de Cádiz por modo extraordinario; que éste se le aparecía, rogándola que pidiera á Dios por él, pues estaba en mucho peligro de perderse por las aclamaciones de los pueblos; que ella se encontraba presente en espíritu á los sermones de Fr. Diego, y lo había visto de esa suerte extasiado *la última vez* que predicó reservadamente á las Capuchinas de aquí; pero esa *última vez* estaba con Fr. Diego el mismo P. González y su hermano que era capellan del Convento, y por eso el siervo de Dios dice en su contestación: *Lo de las Capuchinas usted mismo es testigo de su falsedad.*

La Biznieta fué por el contrario una monja muy santa del convento de San Bernardo en Málaga, dirigida del B. Diego; y es de admirar la penetración del P. González, haciéndose cargo del espíritu de una y de otra, por la simple lectura de sus cartas; pero aún se muestra más admirable, aconsejando á su hijo y prohibiéndole el exceso en las mortificaciones al final de su carta, á la cual contesta el B. Diego con la siguiente.



A Diego Joh de Cádiz

†

J. M. y J.

Montilla 19 de Abril de 1777.

Amadísimo Padre y venerado abuelo mío en el Señor: él nos dé su gracia, para que le sirvamos.

Con el mayor aprecio recibí la de usted y solo Dios puede ser el que premie á mi Padre lo que con este el más infeliz de los hombres hace. Sus palabras de usted, Padre de mi alma, me animan, me renuevan, me vivifican: qué más? me resucitan! poco he dicho; me dan una nueva vida, que ni yo sé entenderlo, ni menos explicarlo. Por amor de Dios, Padre mío, que no se desazone ni fatigüe usted por esto; Dios lo hace, y quiere que sea usted el instrumento: déjele usted que obre, y ayúdele en lo que pueda.

Mas ¿de qué sirve para mí toda esa fuerza y eficacia, si el fruto no se logra? usted se esmera, usted se cansa, usted trabaja y se fatiga en labrar una tierra mala y perniciosa que, por recibir frecuentemente la lluvia de divinas influencias y no producir otro fruto que yerbas y espinas, parece que se ve en ella el *reproba est, et maledicto proxima* (1). Yo confieso que cada cláusula y aun expresión de su carta me hace sentir los efectos dichos, y que sus mandatos, conjuros, preceptos, y conminaciones, lejos de fatigarme ni abrumarme, esfuerzan, dilatan, y dan valor á mi corazón para algo más de lo que expresan: no es mucho esto, cuando ellas son las que, aligerándome todo el peso que mis pasiones me causan, producen en mí los efectos de ansiar por hacer cosas grandes en obsequio del Señor. Mas con todo, yo me quedo el mismo, porque ni salgo de mi cieno, ni hallo el medio, ni menos tengo voluntad de hacerlo. Conozco que necesito volverme á Dios, y mudar de vida; mas me falta la voluntad y sobra la repugnancia para ello: quisiera desearlo, y no hallo este deseo, solo el desearlo no me re-

(1) Heb. VI. 8.

pugna, lo demás me es violentísimo, y fastidioso: y además me parece que no puedo, pues no hallo como quererlo, ni hacerlo.

Padre mío, el *justum est qui cum potuit, noluit; amittat posse cum vellit* de san Agustin, juzgo se verifica en mí á la letra. ¿Qué haré pues, amado Padre mío? ¿qué haré? ¿dónde buscaré mi conversión? ¿dónde la hallaré? Dígamele usted, que quiero buscarla á toda costa, y comprarla aun con mi sangre. Sé que esta no se halla en la tierra de los que suavemente viven, y yo vivo con la mayor suavidad, pues sobre el no mortificarme ni afligir mi carne, me es sumamente repugnante y fastidioso el hacerlo, y así vivo con amplitud no solo de la conciencia, si también de todo género de ejercicios. Mi vida es la más estragada y perdida, mis obras las más inútiles y las peores: mi interior el más disipado y corrompido: todo yo, Padre mío, soy un abismo de maldad y una sentina de culpas: lo bueno no lo sigo, porque me repugna, y lo malo abrazo, porque me lleva la voluntad. Mas no es esto con la generalidad que doy á entender, pues solo la impureza y el amor á las criaturas que son su término ó comparte, es lo que me tira, me lleva y me liga la voluntad, el corazón y cuanto hay en mí. Si me viese libre de esta furia infernal, me parece que no sería tan malo; mas mientras dure, creo ó me temo que es imposible deje de serlo, pues la veo tan en mí, cual si fuese yo mismo. Padre, clame usted á Dios por mí, pues perezco en mi miseria.

Padre mío, yo trato á usted como á tal, y procuro nada ocultarle de lo que en mí hallo, que son culpas como usted ve; si algo hubiera sucedido con esa criatura se lo hubiera dicho, y así le aseguro

con la ingenuidad y verdad que acostumbro, que nada, nada de lo que dice la esquila es cierto en cuanto á lo que es sobrenatural ó toca á revelación; y lo de las Capuchinas usted mismo es testigo de su falsedad.

Padre mío, ayer llegué aquí y los Señores también: todos los días que he caminado me ha llovido: pero, bendito Dios! nada ha resultado, ni un leve resfriado. En Ecija prediqué en la parroquia de Santiago el domingo por la tarde, y en tres conventos de monjas reservadamente, y en la Escuela de María. En el convento de las monjas mínimas cuando prediqué me encargó la M. Correctora diese á usted memorias y le encargase la encomiende á Dios. Esta novena de los Señores no sé cuando dará principio: yo sigo en lo exterior haciendo lo que usted me ordena, y en todo cuidaré no discrepar de sus mandatos, asistiéndome el Señor con su gracia. Doy á usted muchas por la respuesta de su Biznieta la que se llama sor Josefa Maria Zayas, religiosa del convento de S. Bernardo en Málaga, para si usted quiere disponerle algo, que pueda dirigirle la carta.

Mucho me he dilatado, pero mi Padre Abuelo me perdonará: usted no se fatigue por respuesta, pues ya vé que no precisa, y yo sé lo que son ocupaciones. Yo no quiero aumentárselas ni ejercitar su paciencia destinada para mayores cosas. Usted Padre de mi alma no me niegue el beneficio de sus oraciones para con Dios; las mías con toda mi voluntad, y cuanto tengo es y son de usted, á quien el Señor me guarde muchos años en su amor y gracia, como se lo pide sin cesar el peor entre los hombres, su más afectísimo hijo y humilde nieto y siervo en el Señor que S. M. B.

Fr. Diego J. de Cádiz.

NOTAS

Maravillosa, profundísima y casi incomprensible es la humildad que nuestro Santo revela en la carta precedente. ¿Cómo es posible que él crea de sí y afirme con verdad, que es *un abismo de maldad y el peor entre los hombres*? El lector nos ha de permitir aquí una explicación satisfactoria de estas palabras, la cual servirá para la buena inteligencia de las cartas siguientes, pues en todas ellas hemos de tropezar con la humildad de este santazo, tanto mayor cuanto más humilde.

En primer lugar se ha de tener presente, que Dios nuestro Señor suele encubrir y envolver con el velo de las tentaciones y de la humana miseria, los dones y gracias extraordinarias que da á sus Siervos, para que estos no se puedan envanecer ni se pierdan por ese camino, como lo testifica de sí el Apóstol S. Pablo, cuando dice: Para que la grandeza de las revelaciones no me envanezca, se me ha dado el estímulo de mi carne, que como ministro de Satanás me está abofeteando, etc. (Cor II. 12, 7.) Pues á este Apóstol de nuestra España le pasaba lo que al Apóstol de las gentes, y por eso se queja como él de la *furia infernal* que le hace guerra, revolviendo su interior y haciéndolo aparecer á sus propios ojos como un abismo de maldad, cuando en realidad esa maldad aparente no era más que el velo con que Dios encubría los altos dones concedidos á su Siervo para que á este no le hicieran daño, y se conservaran mejor en su alma con esa envoltura, como se conservan mejor las brasas cubiertas con la ceniza.

Además Dios permite con trazas muy piadosas y fines muy altos, que, cuando un alma ha llegado al último grado de virtud, cometa algún defecto en los primeros grados, para que así le parezca que está en los principios, cuando realmente está en lo sumo de la perfección; y de esta suerte ande siempre humilde y se libre de la vanidad, peligrosa siempre para los justos. De esta traza amorosa usó Dios siempre con nuestro Beato, y por eso lo vemos reputarse por *el peor de los hombres*. Qué humildad!

En segundo lugar debemos tener presente que los Santos tienen una vista espiritual muy penetrante para ver las gracias extraordinarias que de Dios han recibido, el uso que han hecho de ellas, y el que pudieran haber hecho otras almas más fervorosas, si Dios les hubiera dado aquellas gracias; y en esta comparación su humildad les hace ver que otros hubieran aprovechado mejor esos dones y hubieran adelantado más con ellos: mientras que por el contrario, conocen también que si Dios los dejara de su mano y trasladara á otros pecadores las gracias que ellos poseen, vendrían á cometer todas las culpas posibles, y á ser los peores hombres del mundo: y como esto es en ellos lo natural y propio, y lo otro lo sobrenatural y prestado, se creen naturalmente y con verdad malísimos y capaces de todo lo malo, como le pasaba á N. S. P. San Francisco y á este su verdadero hijo que se tenía por *una sentina de culpas*, siendo un santazo de marca mayor.

En tercer lugar conviene no olvidar que las almas santas tienen una vida de unión íntima con Dios, y con ella un conocimiento alto de la grandeza de Dios y de la propia pequeñez, de la pureza divina y de la impureza humana. Unas veces con luz sobrenatural ven el océano sin límite de las perfecciones divinas; y otras veces un rayo de esa luz penetra en lo interior del alma, descubriendo en ella infinidad de malas inclinaciones y defectos naturales. Cuando entra por las rendijas de una ventana un rayo de luz solar en una sala, el aire que antes parecía puro y limpiísimo se ve lleno de multitud de pelucillas y de millones de átomos de polvo imposibles de contar: pues otro tanto pasaba en el alma del Beato Diego, cuando penetraba en ella un rayo del Sol de justicia, que le hacía ver infinidad de átomos de imperfecciones, donde parecía que todo era perfección y santidad. Más todavía; esos átomos los miraba su humildad con cristal de aumento, de suerte que cada uno le parecía una montaña; y así no es extraño que se crea él sumergido en el cieno de su propia miseria y se tenga por *el peor de los hombres, sentina de culpas y abismo de maldad*.

Razón tenía quien dijo que no debemos creer á los Santos, cuando hablan de sí propios; porque, aunque los santos siempre dicen verdad, eso no obstante, su humildad les hace abultar los defectos, y empequeñecer las virtu-

des propias, porque los primeros los ven con cristal de aumento y los segundos con cristal de disminución. Buena prueba de ello es nuestro Beato; pues dice que su vida es ociosa y sus obras inútiles, en la misma carta en que confiesa haber predicado cinco sermones en un día. Vaya una vida ociosa é inútil! Caminando á pié descalzo y lloviéndole todos los días en el camino, llega á Ecija un Domingo á descansar, y en ese día predicar cinco veces .. á esto le llama el Beato Diego *obras inútiles, vida estragada* ú ociosa: y á sus defectos que no eran sino virtudes los llama *sentina de culpas*: y lo más gracioso del caso es que él decía la verdad como la sentía en su interior; pero nosotros cometeríamos un gran yerro si le diéramos crédito, entendiendo sus palabras en el sentido literal ú ordinario, y no en el sentido que dejamos explicado.

Conste pues, desde ahora para adelante, que las tentaciones de que habla el Beato en sus cartas fueron un dón de Dios, como el que recibió el Apóstol S. Pablo; el abismo de maldad una Santidad muy grande; su ociosidad y regalo una penitencia austerísima; y el peor entre los hombres, como se firmaba, fué quizás el mejor y más santo entre todos los de su tiempo; sólo que su humildad profundísima le hacía ver las cosas propias al revés de como las veían todos sus contemporáneos incluso su Director, como veremos en la carta siguiente.

†

J. M. J.

Sevilla Abril 27 de 77.

Amadísimo Nieto, y verdadero amigo mío: A la de usted del 19 que deseaba con ansia por saber las resultas del camino que veo fueron, como no dudé, sin alguna sensible impresión del temporal, en cuya mayor fuerza lo emprendió contesto: Digo á sus preguntas ¿Qué haré? Lo que hizo. ¿Qué haré? Lo que hace. ¿Dónde buscaré mi conversión? A los piés de Jesucristo. ¿Dónde lo hallaré? Allí! allí! Convengo en que es el que se juzga, y si hace presente, como debe, lo que ha sido y es Dios, para usted, es imponderablemente mucho mayor que lo que juzga su insensibilidad, pues no muere á la vehemencia del amor con que debe corresponder á un Dios, que siendo el que es en sí, ha sido y es para Fr. Diego José de Cádiz, singularísimamente Dios, suyo, suyo, suyo! ¿Que no le ha esperado? ¿Que no le ha sufrido? ¿Que no le ha dado? ¿Qué tiene quien tanto tiene que no sea puro dón de su bendita mano? Si predica, si mueve, si promueve su honra y la conversión de sus prójimos, si se afana, si se cansa, si tiene fuerzas para las tareas laboriosas del santo ministerio; si desea la reformation de los pueblos, y la propia conversión, ¿á quién lo debe? ¿de quién lo recibe? ¿Quién lo eligió y proporciona, facilitándole cuantos medios necesita el desempeño de su ministerio apostólico, que es de los muy perfectos? Ah! cuánto debe! y en esta suposición juzga muy bien, si experimentando el que es todavía, teme, se acobarda y humilla. ¿Pero qué importa que sea el que es, si lo que es sirve y contribuye para que consiga que del

fondo de sus miserias resalten más las misericordias del amantísimo Padre de ellas?

Animo, hijo y nieto mío! de este abismo en que le aterra su propio y verdadero conocimiento, vuelle confiadísimo en los infinitos méritos de Jesucristo al más profundo de la bondad del Dios de su alma y corazón. Entréguesele todo, todo sin reserva; déjese gobernar de su suave y poderosa Providencia: someta á ella enteramente su vida, su alma, su ministerio, su suerte eterna; y solo cuide de que en todo sea glorificado conocido y amado de sus criaturas, descuidando de sí, y solo cuidando del caudal de la redención; coadyuvando cuanto pueda al fin de ella, que no fué otro que «ut auferatur peccatum Jacob. (Isa. 27, 9). Duro, insensible, ciego, obstinado, ó como quiera que esté y el Señor lo permita, empleese en que no lo sean sus prójimos; que el «attendite vobis, et universo gregi» usted no lo entiende. ahora, y yo que escribo, quiere Dios que sí.

Castigue enhorabuena su cuerpo, porque no sea lo que predicando quiere evitar en los otros; pero castiguelo, castigando su querer: y no castigándolo más que lo que he ordenado. Predique cuanto quieran los que se lo manden; pero predique lleno de fe, alentando su esperanza, y dejándose todo al que sabe lo que conviene que predique. Rectifique cuanto más pueda su intención: váciase de sí, y ni aun por un instante convierta su atención á su propio amor, procurando antes, después, en el púlpito, en el confesonario y en las consultas que el Señor sea amado y glorificado; que los prójimos le conozcan y se conviertan; y vamos así sin camiento de ánimo. Yo lo mando en el nombre del Señor! hágase así!

Nada me es por mi cabeza y pulso, más molesto que escribir; mis ocupaciones muchas, porque Pomar, (en todo este tercio enfermo) me ha cargado su cátedra de Escritura; pero nada es preferible á mis deseos de tratar y

ayudar y con todo mi corazón contribuir á la dilatación y consuelo de usted; porque amo tiernamente su alma, y quiero que ame el bien de la mía, de quien, si le manifestara lo que es á los ojos del Señor, se llenaría de escándalo. Digo solo que merece la compasión de usted y que se la tenga. Yo la tengo tanto de la suya, (porque la veo caminar por desfiladeros del amor popular, y propia miseria) que frecuentemente la pongo bajo la protección divina, y le ruego la preserve. Jamás sirva de estorbo para servirse de mí, esté donde estuviere, juzgarme ocupado, creer que me molesta, ó pensar que pierde el tiempo: y quedemos que siempre, siempre! seré el mismo para usted, porque así lo quiere el Señor que me da esta voluntad.

Veo lo que el enemigo seduce á los que, fingiendo que usted conoce el fondo de los corazones, quieren hacer su negocio. Dios les dé luz.

La señora de vendrá á tratar conmigo sobre el plan de vida. El Sr. N. parece piensa lo mismo. La de Villarrubia algo piensa también, aunque no se atreve. Témolos á todas, porque yo me temo y no quiero Señorías, que con dificultad se desnudan del «Yo soy!» Nuestra N. sigue á mi gusto: tiene docilidad y resolución.

Si mi biznieta necesitare, la favoreceré con mi pobreza. Vamos acabando, que ya es razón no molestar más á usted. Solo le digo, que por N. S. Jesucristo le ruego, ruegue por quien es todo, todo de Fr. Diego Abuelo siempre afectísimo,

Fr. Francisco Javier González.

P. D. Nuestro Fernández, bueno ya, me escribió... adiós. ¡Qué costará leer ésta! Paciencia!



NOTAS

Que espíritu tan superior revela en cada una de sus cartas este bendito P. González! y que aliento tan grande infundían sus ardientes palabras en el abrasado corazón del B. Diego! Tan pronto lo alienta, como lo humilla; tan pronto lo halaga, como lo reprende; tan pronto lo admira, como parece tenerle lástima. Es un verdadero P. que empuja á su hijo suavemente por el camino de la gloria. con la misma destreza con que el águila empuja á sus polluelos, alentándolos, y enseñándolos á salir del nido, á volar y hacerse dueños del imperio de los aires. Así este bendito Abuelo de 70 años, alentaba al joven Apóstol, que apenas contaba á la sazón 33 años de edad y 9 de sacerdote.

No menos gracioso que admirable se muestra en aquel no quiero Señorías que con dificultad se desnudan del yo soy! y tan humilde como gracioso en la frase digo solo que (mi alma merece la compasión de usted, y que se le tenga. Yo la tengo tanto de la suya, (porque la veo caminar por desfiladeros de amor popular y propia miseria), que frecuentemente la pongo bajo la protección divina y le ruego que la preserve.

Esto es ser Padre y ser Director, hasta dejarlo de sobra!